

El establecimiento del federalismo en México (1821-1827)

La obra que hoy nos congrega para su discusión, es un trabajo colectivo, resultado de la colaboración de 22 historiadores especializados en el México político de inicios del siglo XIX. No es este el primer trabajo de esta naturaleza que coordina Josefina Vázquez, en realidad algunos de los participantes en el libro que hoy presentamos ya habían aparecido en uno anterior coordinado por la profesora Vázquez y donde se aborda un tema que la obsesiona, me refiero a *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos, 1846-1848*, (México: FCE, El Colegio de México, SER, 1997).

La forma de abordar los grandes temas de estas dos obras parte del reconocimiento de un hecho evidente: a un solo investigador le tomaría muchos años o le sería imposible dominar a fondo todos los hilos de la trama y en toda la geografía mexicana de asuntos tan amplios como son las particularidades de un federalismo que apenas se estaba conociendo y poniendo en práctica en un territorio tan grande y con estructuras productivas y sociales tan diferentes como el mexicano al inicio de la vida independiente. Igualmente, para un solo investigador sería un trabajo de toda una vida dominar al detalle cómo hicieron frente los mexicanos en su conjunto y los diferentes grupos de poder nacionales y locales, a las exigencias creadas por una guerra que no afectó directamente a todo el conjunto social de un país que, en 1847, estaba muy mal enmarcado por una estructura estatal apenas en formación y que, peor aún, estaba muy lejos de poseer los atributos de una verdadera nación.

Quien considere importantes los temas del federalismo inicial en México o la naturaleza de la guerra mexicano-



americana, pero disponga de un tiempo limitado para abordar temas tan complejos, la alternativa es la que siguió Josefina Vázquez en ambos casos: armar un equipo con aquellos investigadores que por años han estado trabajando algunas de las varias—muchas—partes del gran rompecabezas y diseñar un plan que lleve a cada especialista a profundizar en el tema que mejor domina. Y el resultado de esta estrategia de investigación es el que tenemos a la vista.

El libro que hoy se presenta es un estudio de los inicios del federalismo mexicano en lo que hoy son 18 estados de nuestro país (tómese en cuenta que uno de los capítulos abarca la región que hoy ya está constituida por dos estados), pero precedido de varias miradas al conjunto en temas específicos. Para empezar, está la necesaria visión general—la de la coordinadora— más tres temas igualmente generales: la organización política territorial previa, la colonial, que es la base material del federalismo que iba a nacer; luego el federalismo inicial, el punto de partida, que es el que se discutió en las cortes españolas entre 1810 y 1821 y del que los líderes mexicanos tomarían un buen número de temas y de enfoques; finalmente, el papel del primer Poder Legislativo nacional, la manera en que los congresos enfrentaron este asunto de la relación entre los estados o provincias y lo que había de gobierno central. Luego viene el grueso del trabajo: el estudio particular de los estados. Esa es la estructura de la obra colectiva.

Como todos sabemos, el federalismo mexicano es un gran tema que se puede descomponer en una multitud de agendas específicas, agendas que se han ido modificando con el paso del tiempo. Pero en el caso mexicano, y no



obstante el paso del tiempo, hay una constante: la relación política entre el centro y la periferia ha sido muy difícil, contradictoria y en varios momentos, francamente conflictiva. En ciertas coyunturas, sobre todo en el siglo XIX, la tensión centro-periferia ha puesto en duda la viabilidad del conjunto y en cualquier caso, y hasta el día de hoy, constituye un tema o problema que no hemos logrado resolver, o al menos no resolverlo bien. En la actualidad, cuando nos estamos adentrando en una nueva etapa en la modernización política y en la democratización de México, los sistemas políticos estatales están metidos de lleno en el proceso de trasladar hacia los poderes de los estados y de los municipios, algunas de las facultades que la vieja presidencia autoritaria y centralista había acaparado. En principio, ese acaparamiento, cuando se dio —en

siempre han sido los de las élites u oligarquías de la zona. Hoy, el traslado de poderes y recursos del poder federal a los estados es, en principio, una idea buena y necesaria, pero no está exenta de peligros. Hay que trabajar los detalles para evitar que el autoritarismo que se perdió en la presidencia no se vuelva a recrear en ciertos estados donde, por su atraso relativo, tal situación no sólo es posible sino casi segura. En cualquier caso, hay que evitar que el nuevo intento de encarrilar por el buen camino a nuestro federalismo vuelva a fallar, y una manera de hacerlo es conocer la historia de lo ocurrido en el trayecto, desde el inicio. Y la lección del inicio es la que está en este libro, un federalismo mal llevado puede desembocar en la debilidad del conjunto. En ciertas coyunturas particularmente difíciles, esa debilidad llevó a la catástrofe, con

mente en contra de esa organización iban a reaccionar un buen número de los hacedores del México independiente, como el inigualable e iconoclasta fray Servando Teresa de Mier. Para ellos, y de manera natural e inevitable, centralismo era igual a despotismo, a imposición a lo caduco. Sin embargo, Josefina Vázquez sostiene, apoyándose en Horst Pietschmann, y cada uno de los estudios de caso de la obra lo prueban, que, de hecho, en la colonia, las oligarquías provinciales habían logrado, casi desde el inicio, una buena dosis de autonomía debido, en primer lugar, a la difícil geografía del país, al aislamiento regional, pero también a la debilidad fiscal de la Corona, una debilidad que le obligó a delegar en los poderosos locales una parte sustantiva de los deberes y privilegios del Estado, en particular la recolección de los impuestos. En teoría, en el inicio del XIX mexicano el federalismo era algo nuevo, pero en la práctica, no, al menos no tanto: ya se había vivido con otro nombre.

La idea federal que las presiones e intereses de las provincias impusieron en el México posterior a la caída de Iturbide tiene su inspiración principal en los desarrollos políticos que tuvieron lugar en España tras la invasión napoleónica y no, como algunos insistieron durante un tiempo, en el federalismo norteamericano aunque, desde luego, ese modelo norteamericano se conocía y se tuvo presente al darle vida al mexicano. Ahora bien, la idea federal que se desarrolló en España al inicio del siglo XIX estuvo parcialmente influida por las ideas y propuestas de los representantes americanos que acudieron a la metrópoli en ese turbulento período de la invasión francesa, entre ellos, algunos mexicanos.

La hipótesis que recorre todo el libro que hoy se presenta es que si bien en la época colonial funcionaba una “federación clandestina”, la invasión napoleónica de España y luego la independencia hicieron emerger con toda fuerza lo que estaba latente. En realidad, el país no se adaptó a una propuesta realmente nueva de organización; por el contrario, el federalismo abierto, constitucional, se discutió y se adoptó a un país que ya lo demandaba. Y cada caso particular tratado en este libro —Yucatán, Jalisco, Zacatecas, Oaxaca, Guanajuato, Michoacán, San Luis Potosí, Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas, Estado de México, Puebla, Veracruz, Tlaxcala, Sonora, Sinaloa, Chiapas y Tabasco— es la corroboración de esa hipótesis.

La soberanía resultó ser un elemento muy importante en la conformación de la primera federación mexicana. Al desaparecer tan abruptamente el rey español de la escena en 1808, el asunto de en quién residía la soberanía que él había

intereses locales —las oligarquías provinciales o estatales— y la debilidad política y económica del centro nacional, llevaron a choques entre el congreso nacional y los estados. El proceso desembocó en un federalismo radical, distinto al norteamericano, al menos en teoría, pues se declaró que la soberanía residiera en los estados, no en el conjunto, no en el congreso nacional. Así, en 1823, surgió el “Estado libre, independiente y soberano de Jalisco”, y el ejemplo cundió. La sangre no llegó entonces al río, pero fue necesaria la presencia del ejército nacional en Jalisco y otros estados, para obligarles a reconocer la superioridad del todo frente a las partes.

Al final de cuentas, ese todo salió muy debilitado, especialmente en el tema que aún hoy se sigue discutiendo acaloradamente: el fiscal. Los estados con su control de alcabalas e impuestos y sus milicias estatales desarrollaron una especie de juego suma cero con el gobierno central: lo que ganaban los estados lo perdía el Ejecutivo. Pero otro juego no muy distinto se dio entre los gobiernos de los estados y el otro polo de poder local: el municipio; empezó entonces la proliferación de los municipios, del puñado original, los intereses locales insistieron en multiplicarlos como hongos. Y si a las pugnas gobierno central-gobierno estatal-gobierno municipal se le suma el surgimiento de facciones políticas a nivel nacional —borbonistas, iturbidistas, republicanos y, luego, yorkinos, escoceses, etc.— más la falta de comunicaciones, entonces ya se puede tener una idea cabal de la fragmentación mexicana al inicio del siglo XIX.

Mal negocio era para un México que en su comienzo no tenía los elementos indispensables para funcionar como una nación, que hubiera tantas tensiones políticas entre sus élites, pero el panorama se hace más sombrío si se consideran las amenazas externas que finalmente se materializaron. Definitivamente, el arranque en la formación del Estado mexicano empezó mal pero luego se pondría peor antes de que pudiera mejorar. En cualquier caso, el problema aún no está resuelto.

Este libro está dedicado a examinar el tiempo inicial del federalismo mexicano. Y ese inicio es en muy buena medida el tiempo de las tensiones y disputas entre quienes podían y querían dirigir los destinos políticos de México. La atención está centrada por tanto en los intereses y acciones de las élites económicas, políticas, militares o intelectuales. Sin embargo, conforme el tiempo pasó se fueron añadiendo otros actores más populares y fue entonces cuando los pueblos indígenas encontraron un nuevo espacio de manobra, aunque al final aún no está claro si fue para bien o